

ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tanta crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podía muy bien disputar la primacía á la fe púnica (1).

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo solo bajo la fe de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botín que codiciaba y con que acaso se habia ya lisonjeado; y la otra, la del menoscabo en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul (2).

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijón, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariante, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillaje que sus tropas ejercían y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte mas pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostrósese conmovido de la suerte de los lusitanos. Díjoles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daría tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura; y hablósese con tal aire de sinceridad (que él tenia mas de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fe á sus buenas palabras. Mas apenas se habian establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el país, y acabar de hacer execrable el nombre romano (3). Las consecuencias las veremos despues.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personajes; tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la imprudencia de erigir un templo *á la Felicidad*. Galba fué

(1) Appian. ibid.

(2) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese venido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

(3) App. De Bell. Hisp.

acusado ante el senado. El severo Caton que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó tambien al malvado pretor (4). Pero Galba era rico, y quedó absuelto. A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos: y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolucion de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosía y sangrienta ejecucion de Galba.

## CAPITULO II

### Viriato

DESDE 150 ANTES DE J. C. Á 146

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligente por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio. Primer ardid de guerra. Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Venec á otros dos pretores.—El cónsul Fábio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habiárase derramado por el país él y los demás que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido victimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor alevoso, que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion, todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nominaron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaído la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Hizo Viriato una irrupcion en la Turdetania hacia el estrecho de Cádiz, donde el pretor Vetilio, que habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y fragosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energía la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos que tantas veces habian experimentado, lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo: que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabria sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los mas pusilánimes y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolucion, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vieran montar á caballo, se desbandaran á un tiempo, y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunirse en Tribola. Hiciéronlo así, y sorprendiendo el pretor con tan extraña maniobra, no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Ultimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le

(4) Caton... *accusator assiduum malorum, Galbam octogenarium accusavit.* Aurel. Viet. in Cat.

acompañaban, pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al enemigo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas, dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocian el terreno ni por lo pesado de sus armas podian darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio, el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tribola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió este á recibirle; hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano orillas de un bosque donde habia dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habian quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los titios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero salióles al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu que ni uno solo quedó con vida; no hubo, dice Appiano (2), quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasion que Viriato recorría la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que habia empleado Viriato con Vetilio en Tribola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Despues de esto Viriato repasa el Tajo, y va á acampar á un monte de olivos no léjos de Ehora (3), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea; aquello tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó tambien por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitán de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que venia en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir mas con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viséo una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.



CLAUDIO UNIMANO

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo menos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamada *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombra-do cónsul, hijo tambien de Paulo Emilio, y hermano de

(1) Appian. De Bell. Hisp. pág. 430.

(2) Appian. De Bell. Hisp. pág. 430.

(3) Mariana le nombra el monte de Vénus.

aquel Escipion Emiliano, que por este tiempo destruía á Cartago (4).

Contaba Fabio con el ejército de Lelio, contaba con el suyo que de refresco venia. ¿Cómo podian resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses conducidas por un hombre tambien rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitán improvisado?

Con estos pensamientos, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares, que mandadas por el lugarteniente de Fabio habian hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca



FABIO MÁXIMO

de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul habia bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos, siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo

(4) Vamos á referir sucintamente la ruina y destruccion de Cartago, de esta célebre ciudad competidora de Roma, á los 722 años de su existencia.

Por un motivo mas extraño que justo declaró Roma á Cartago una tercera guerra, que se llamó *tercera guerra púnica*, y que dió principio en el mismo año que la de Viriato en España (150). Aunque por expresa condicion de un tratado solemne la ciudad habia de ser tratada con todo miramiento, los cónsules romanos, con insigne mala fe, resolvieron la destruccion de la ciudad, alegando que *Civitas* no significaba las habitaciones, sino los habitantes. Indignados los cartagineses de tan pífida superchería, adoptaron la resolucion, desarmados como estaban, de no abandonar su patria y sus hogares. Todo se convirtió de repente en fábricas y talleres de armas. Elaborábanse cada dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos. Hasta las mujeres cortaban sus cabelleras para hacer de ellas cuerdas. Tres años se defendió todavia con el valor de la desesperacion la ciudad de los Hannon, de los Asdrúbal y de los Aníbal. Otro Asdrúbal, el séptimo de este nombre, sostenía el sitio, pero la victoria, dice oportunamente un erudito historiador, parecia estar fatalmente ligada al nombre de Escipion en todas las guerras púnicas. Escipion Emiliano, el mismo que habia venido á España á pelear contra Viriato, fué enviado á destruir la ciudad africana en el mismo año que su hermano Fabio Emiliano vino á nuestra Península contra el héroe de la Lusitania (146). Escipion tomó por asalto á Cartago, no sin defenderse sus moradores por espacio de seis dias y seis noches de calle en calle y de casa en casa. Asdrúbal se echó á los pies del vencedor: su mujer con mas heroicidad, por no caer prisionera del romano ni implorar su clemencia, se arrojó á las llamas con sus hijos. Diez y siete dias estuvo ardiendo aquella inmensa ciudad, y las moradas de setecientos mil habitantes se convirtieron en cenizas y escombros. Escipion hizo pasar el arado en derredor de las antiguas murallas, pronunciando imprecaciones en nombre del senado y del pueblo romano contra los que quisieran habitar en el recinto en que habia estado Cartago. Como su abuelo adoptivo, recibió este tambien el sobrenombre de *Africanus*, aquel por haberla vencido, este por haberla arruinado.

Dícese que Escipion derramó alguna lágrima sobre la ciudad destruida; y que á vista del estrago exclamó conmovido: «Llegará un dia en que caerán los sagrados muros de Ilión, de Príamo y de toda su raza.» Y que preguntado por Polbio qué entendía por Ilión y por la raza de Príamo, respondió, sin nombrar á Roma, que meditaba cómo los estados mas florecientes declinan y mueren segun agrada al destino.

A pesar de las imprecaciones de Escipion, quince años despues fué enviado Cayo Graco á establecer una colonia en el sitio en que habia estado Cartago. En tiempo de Augusto fué reedificada la ciudad, y en el de Gordiano era otra vez tan populosa que competía con Alejandría; era la capital de la provincia de Africa. Allí escribió Tertuliano sus bellas apolo-gías. Destruyéronla los sarracenos por última vez en el siglo VII de Cristo. Mario habia ido á meditar su venganza sobre sus primeras ruinas, y San Luis fué á morir en sus nuevos escombros, reflexionando sobre el fin de las grandezas humanas. (*Hist. de Cartago.*)